

INCREULIDAD.

Causas de la incredulidad.

¿Por qué, pregunta Jesucristo á los judíos, no conocéis mi lenguaje? Por no poder escuchar mi palabra. Vuestro padre es el diablo, y no queréis hacer más que lo que vuestro padre desea: *¿Quare loquellam meam non cognoscitis? Quia non potestis audire sermonem meum. Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri cultis facere.* (Joann. VIII. 43-44). No queréis escucharme porque estais entregados á vuestro orgullo, á vuestra avaricia, á vuestro odio, á vuestros celos y á vuestra envidia contra mí: no queréis escucharme porque escuchais al demonio. Por esto no queréis conocerme ni oírme....

No podían oír, dice S. Agustín, porque si hubiesen oído y creído se hubieran corregido y convertido; y no lo querían: *Ideo audire non poterant, quia corrigi credendo volebant.* (Homil. in Joann.). Lo mismo habia dicho el Real Profeta: No ha querido comprender, por no obrar bien: *Noluit intelligere, ut bene ageret.* (XXXV. 4).

Soy el camino, la verdad y la vida, dice Jesucristo: *Ego sum via, et veritas, et vita.* (Joann. XIV. 6). Soy la luz del mundo; el que me siga no andará en las tinieblas, pues tendrá la luz de la vida: *Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.* (Joann. VIII. 12). Así pues el incrédulo no quiere seguir á Jesucristo; reniega de él en su corazón y en sus actos. Y no hay para él camino, ni verdad, ni vida, ni luz. De ahí procede la incredulidad que se apodera del espíritu y del corazón....

Sois incrédulos, dice Jesucristo, porque no sois ovejas mías. Mis ovejas escuchan mi voz; las conozco, y me siguen: *Vos non creditis, quia non estis ex ovis meis. Oves meæ vocem meam audiunt; et ego cognosco eas, et sequuntur me.* (Joann. X. 26-27).

Padre justo, dice Jesucristo dirigiéndose á su Padre, el mundo no os ha conocido: *Pater juste, mundus te non cognovit.* (Joann. XVII. 25).

Jesucristo, dice S. Juan, era la verdadera luz que ilumina todo hombre que viene á este mundo. Estaba en el mundo, y el mundo lo ha sido hecho para él; pero el mundo no le ha conocido: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est; et mundus eum non cognovit.* (Joann. I. 9-10). El mundo no ha querido conocerle, ni escucharle, ni recibirle. Hé aquí las causas de la incredulidad....

Hoy, como en tiempos de nuestro Señor, la incredulidad quiere ser y permanecer incrédula....

Juan vino, añade Jesucristo; y porque no comía ni bebía, dicen

que estaba poseído del demonio. El Hijo del hombre ha venido; y porque come y bebe dicen que es un hombre que se da buena comida, y es amigo del vino y amante de los pecadores y publicanos (1).

Se mantienen en su incredulidad interpretándolo todo en mal sentido, y atacando, ora la ley y la religion, ora á los enviados para instruir é ilustrar. Niegan lo que ignoran, olvidando lo que han aprendido, y desprecian lo bueno que saben, y aquello de que, á pesar suyo, algunas veces se acuerdan.

¡Desgraciado de tí, Corozaim; desgraciado de tí, Bethsaida! exclama Jesucristo; porque si los prodigios que han tenido lugar en vuestro seno se hubiesen verificado en Tiro ó en Sidonia, habrían en otro tiempo hecho penitencia, cinéndonse cílicios y cubriéndose de ceniza. Por esto os digo: Ménois rigor habrá para Tiro y Sidon en el día del juicio que para vosotros. (Math. XI. 21-22). Y tú, Capharnaum, ¿te levantarás hasta el cielo? Bajarás hasta los infiernos; porque si los prodigios que se han verificado en tu obsequio se hubiesen obrado á favor de Sodomá, tal vez habria permanecido de pié hasta hoy día. (Math. XI. 23).

El primer efecto de la incredulidad es la ceguera espiritual.

Así como los ciegos ni siquiera ven la luz del sol, los incrédulos no ven á Dios, ni sus deberes, ni el triste estado de su alma. Sin embargo la luz de Dios brilla en medio de las mismas tinieblas de la incredulidad, con la luz de la razon..., y por medio de la voz de las criaturas animadas é inanimadas, inteligentes y desprovistas de inteligencia..., por medio de la ley natural..., de la ley antigua..., de la nueva ley..., de los doctores..., de los predicadores..., de los milagros..., de los monumentos, de la Iglesia..., de las santas inspiraciones..., de los remordimientos..., de la hermosura de la virtud y de la fealdad del vicio..., de la vida de los Santos.... etc.

Oh incrédulos; ¿queréis veros y conoceros? Creed. La luz no está ni puede estar con las tinieblas. Y no siendo la incredulidad otra cosa que densas tinieblas, ¿cómo habéis de ver permaneciendo en ella?

Jesucristo es la verdadera luz: *Erat lux vera.* (Joann. 1-9). 1.º Luz increada... 2.º Luz con su doctrina... 3.º Luz con su gracia; su gracia ilumina el alma más vivamente que el sol á la tierra... 4.º Es la luz universal... 5.º Es la luz con la verdad de su sér, de su espíritu, de su palabra y de sus obras. Ilumina á todo hombre que viene á este mundo, en cuanto es posible y necesario para que el ciego incrédulo no tenga excusa. Si no ven claro los incrédulos, la culpa es suya, y sólo deben achacar su desgracia á su misma conducta. Los incrédulos no ven, no sienten, no comprenden nada. ¿Es Dios el autor de esta espantosa desgracia? No; ellos mismos son

Desgracia de la incredulidad: la ceguera.

(1) Venit Joannes, neque manducans neque bibens; et dicunt: Demonium habet. Venit Filius hominis manducans et bibens, et dicunt: Ecce homo vorax, et potator vini, publicanorum et peccatorum amicus. Math. XI. 18-19.

los verdaderos autores, porque no quieren ver, sentir ni comprender... Los judíos también permanecieron y permanecen en su incredula ceguera; y ¿han sido por esto y son acaso inocentes? Han sido y son todavía muy culpables, pues es muy cierto que los judíos podían y debían conocer y creer perfectamente que Jesús era el Mesías: 1.º por sus milagros, pues con este fin los obraba Jesucristo... 2.º Hizo todos los milagros pronosticados por los profetas... 3.º Aunque varios profetas y muchos Santos hayan hecho milagros, no han sin embargo verificado tantos como Jesucristo. Y por otra parte los profetas y los Santos no hacían milagros por su propia virtud, sino con la invocación y virtud de Dios; mientras que Jesucristo los hacía por su propia virtud, por su autoridad y poder, como Señor que era de todas las cosas. Hacía milagros evidentes, públicos, muy grandes, numerosísimos, de repente, con una sola palabra y en todas partes; milagros de toda especie, y siempre en su propio nombre, etc. Este poder absoluto y esta virtud perpétua sólo pertenecen á Jesucristo, así como su divina moral, etc....

Los judíos debían pues conocerle, y su incredulidad es un gran crimen, un crimen de ceguera muy voluntaria y obstinadísima. ¿No es esta la conducta de los incrédulos de todos los siglos? ¿No tienen que echarse en cara la misma ceguera voluntaria?

Los judíos podían y debían saber y creer que Jesús era el Mesías prometido, porque todo lo que había sido anunciado del Mesías se cumplió en Jesucristo. Si, soy el prometido Mesías; hago todo lo que de él se ha dicho: así pues soy el Mesías.

Soy el Mesías por el cumplimiento de todas las Escrituras en mí; por mi doctrina, mi moral, mi vida, mis obras, mis milagros, la voz de mi Padre, la conversión de los gentiles, etc. Pruebo mi misión y mi divinidad. ¡Oh ciegos judíos! escudriñad las Escrituras; ellas manifiestan quién soy: *Serutaminí Scripturas; illa testimonium perhibent de me.* (Joann. V. 39). Por esto, dice S. Pablo que Jesucristo es el fin, el término, el cumplimiento y el fin de toda la ley: *Finis legis Christus.* (Rom. X. 4). Todos los profetas le dan este testimonio, dicen las Actas de los Apóstoles. (X. 43).

El que lea, consulte y medite la Escritura, hallará á Jesucristo por todas partes, ó claramente ó bajo sombras y figuras; así pues, ó los incrédulos son ignorantes, ó gente de mala fe. Por esta razón, dice el gran apóstol, no habiendo recibido el amor de la verdad para salvarse, Dios los entregará al poder del error, para que crean en la mentira, y á fin de que sean condenados todos los que no han creído en la verdad, y han manifestado su averse á la iniquidad (1).

Las tinieblas no han comprendido la luz, dice el Evangelio: *Tene-*

(1) *Et quod caritatem veritatis non receperant ut solvi fierent, mittit illis Deus operationem erroris, ut credunt mendacibus ut judicentur omnes, qui non crediderunt veritati, sed consenserunt iniquitati.* II *Thess. II. 10-11.*

bræ eam non comprehenderunt. (Joann. I. 5). Todo es tinieblas para el incrédulo, Jesucristo, la revelación, la Iglesia, los Sacramentos, la ley, el dogma, el culto, la moral, la oración, el juicio, el paraíso, el infierno, la santidad, la sabiduría, la virtud, la gracia, la salvación, etc....

¿Por qué, dice el mismo Séneca, por qué nos seducimos? El mal no está fuera de nosotros, está en nosotros, en nuestras propias entrañas. Por esta razón es muy difícil que nos curemos, porque ignoramos nuestra enfermedad (1). Por esto la incredulidad es un mal, una locura incurable. El loco lo ve todo de diferente manera que el hombre cuerdo, y siempre se equivoca. Tal es la reprimenda que Jesucristo dirigió á los dos discípulos que iban á Emmaus. ¡Oh insensatos, les dijo, hombres de corazón tardío en creer todo lo que han dicho los profetas! *¡Oh stulti et tardi corde ad credendum in omnibus que locuti sunt prophete!* (Luc. XXIV. 25).

La Escritura hace racionar así á los incrédulos: El Señor no nos verá, ni tendrá conocimiento de lo que hacemos: *Dixerunt: Non videbit Dominus, nec intelliget* (Psal. XCIII. 7); y se adormecen en este error....

Atenienses, dice S. Pablo, he hallado en medio de vosotros un altar dedicado al Dios desconocido: *Ignoto Deo.* (Act. XVII. 23). ¿No merecen los ciegos incrédulos igual reconvención? ¿No desconocen también á Dios?

El incrédulo tiene el lenguaje y los sentimientos de Faraón. ¿Quién es el Señor, para que escuche su voz? dice aquel rey endurecido. No conozco al Señor: *¿Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus? Nescio Dominum.* (Exod. V. 2).

No podemos decir á los incrédulos lo que Abrahán respondió al mal rico que del fondo del infierno le rogaba enviase á Lázaro á sus hermanos para advertirles que procurasen no ir á parar á aquel lugar de tormentos? Tienen á Moisés y á los profetas, decía, que los escuchen! Si no escuchan á Moisés y á los profetas, aunque rescucite á algún muerto, no lo creerán tampoco. (Luc. XVI. 29-31).

La incredulidad produce el endurecimiento. Y ¿qué es un empedernido? pregunta S. Bernardo. Es aquel cuyo corazón no late, aquel que no se conmueve por la virtud ni los ruegos, que se rie de las amenazas, resiste y se rebela contra los golpes, olvida los beneficios, se burla de los peligros y no teme á Dios ni á los hombres. Tal es el verdadero carácter del empedernimiento. (Lib. I. de *Consid.*)

La incredulidad es el más incurable de todos los males...

Escuchad al Real Profeta: El insensato ha dicho en su corazón: No hay Dios. Se han pervertido, se han corrompido en la iniquidad, y

Segundo efecto de la incredulidad: el endurecimiento.

Tercer efecto de la incredulidad: la corrupción del corazón.

(1) *¿Quid nos decipimus? Non est extrinsecus malum nostrum; intra nos est, la visceribus hisis sedet. Et ideo difficulter ad sanitatem pervenimus, quia nos negotrare nescimus.* Lib. de *Remed. Fortuit.*

no hay uno que obre bien, ni uno. Se han extraviado, han caído en la disolución; no hay uno que obre bien, ni uno. Su boca es un sepulcro abierto, su lengua destila la mentira, y sus labios ocultan un ego veneno. Su boca está llena de maldición y de amargura; sus piés se mueven de prisa para derramar sangre. Las angustias y la desolución están en su camino; no han conocido el sendero de la paz, y el temor de Dios no está ante sus ojos. (*Psal. XIII. 1-3*).

El incrédulo puede aplicarse aquellas palabras del Salmista: Mis llagas se han gangrenado y corrompido á causa de mis extravíos. *Putruerunt et corruptæ sunt cicatrices meæ, á facie insipientiæ meæ. (XXXVII. 6)*.

Los incrédulos están corrompidos, cargados de crímenes; y porque están cargados de crímenes y son muy corrompidos, son precisamente incrédulos. La corrupción del espíritu y del corazón engendra la incredulidad, y la incredulidad aumenta la corrupción del espíritu y del corazón....

Incrédulos, arrancad de vuestro corazón la impureza, y de vuestro espíritu la blasfemia; y dejareis de ser incrédulos, y tendreis fe....

Quinto efecto de la incredulidad: abandono de Dios.

Las ramas, dice S. Pablo, es decir los judíos, han sido rotas por la incredulidad: *Propter incredulitatem fracti sunt.* (Rom. XI. 20). Por su incredulidad han dejado de ser el pueblo de Dios, se han vuelto paganos; Dios los ha rechazado, y malditos están de Dios y de los hombres.

Así trata los corazones incrédulos el Dios que quiere que se crea en él, que se le ame y adore....

Los incrédulos tienen la suerte de los réprobos, con la diferencia de que los réprobos se ven obligados á retirarse de Dios, y Dios también se ve obligado á separarse de los incrédulos. El abandono de Dios es la mayor de las desgracias!....

Quinto efecto de la incredulidad: el juicio ya en este mundo.

El incrédulo está ya juzgado. El mismo Jesucristo lo asegura: El que me desprecia, dice, y no recibe mi palabra, tiene quien le juzgue: *Qui spernit me, et non accipit verba meæ, habet qui iudicet eum* (Joann. XII. 48). Y en otra parte: El que no cree, ya está juzgado: *Qui non credit, jam iudicatus est.* (Joann. III. 18).

Quien no quiera oír las palabras que diga el Profeta en mi nombre, me hallará por vengador dice el Deuteronomio: *Qui verba ejus qui loquetur in nomine meo audire noluerit, ego ultor existam.* (XVIII. 19).

Sexto efecto de la incredulidad: la muerte en estado de condenación.

El incrédulo vive como un réprobo; ¿no ha de morir como réprobo, á no ser un gran milagro de la gracia, milagro á que Dios no está obligado?

El que se enorgullezca, sin querer obedecer el mandamiento del sacerdote, dice el Señor, sufrirá la pena de muerte: *Qui superbiert*

nolens obedire sacerdotis imperio, morietur homo ille. (Deuter. XVII. 12).

Si no creéis en lo que sois, dice Jesucristo, morireis en vuestro pecado: *Moriemini in peccatis vestris, si non credideritis quia ego sum.* (Joann. VIII. 24).

¿Cuál será, dice el apóstol S. Pedro, el fin de los que no creen en el Evangelio de Dios? Y si difícilmente puede salvarse el justo, ¿qué será del impío y del incrédulo? *Quis finis eorum, qui non credunt Dei Evangelio? Et si justus vix salvetur, impius et peccator ubi parvum?* (I. IV. 17-18).

Siempre ha castigado Dios á los incrédulos. Los judíos en el desierto no creyeron en la palabra del Señor, dice el Salmista, y ni oyeron su voz; y entonces levantó la mano sobre ellos para exterminarlos en el desierto: *Non crediderunt verbo ejus, non exaudierunt vocem Domini. Et elevavit manum suam super eos, ut prosterneret eos in deserto.* (CV. 24-26). El fuego de la ira del Señor se encendió contra la raza de Jacob, y su furor estalló contra Israel porque no habían creído en el Señor. (*LXXVII. 25-26*).

Cuando los incrédulos, Señor, han declarado que no os conocían, han sido heridos con la fuerza de vuestro brazo, y han sido asaltados por aguas nuevas, por granizo y tempestades, y consumidos por el fuego (1).

Noé, durante los cien años que empleó para construir el arca, no pasó de participar á los hombres el castigo que les amenazaba; los hombres se burlaron de él, fueron incrédulos, y el castigo de su incredulidad fué el diluvio universal.

¿Quién hizo perecer á aquellos que Loth quería librar del fuego de Sodoma? La incredulidad. Se burlaban de él, dice la Escritura: *Visus est eis quasi ludens loqui.* (Gen. XIX. 14).

Y ¿quién provocó las diez plagas de Egipto? ¿Por qué Faraon y seiscientos mil egipcios fueron sepultados en los abismos del mar rojo? Porque fueron incrédulos.

Zacarias no quiso creer lo que Dios le anunciaba, y se quedó mudo en castigo de su incredulidad: *Et ecce eris tacens, et non poteris loqui, pro eo quod non credidisti verbis meis.* (Luc. I. 20).

Los judíos fueron exterminados y maldecidos por su incredulidad.

¿Cuál es el fin de los incrédulos de todos los siglos? Su muerte es semejante á su vida: han vivido sin fe, y mueren en su incredulidad....

Los incrédulos son enemigos de Dios y de los hombres. Sus ac-

Diferentes castigos de la incredulidad.

(1) Negantes te nosse impii, (Domine), per fortitudinem brachii tui flagellati sunt, neque vis aquis et grandinibus, et pluvii persecutionem passi, et per ignem consumpti. *Sapientia XVI. 16.*

ciones, sus escritos, su vida, su muerte y su reputacion son execrados en el cielo y en la tierra.....

Grande es el número de los incrédulos.

Va en su tiempo, se quejaba Isaías de los muchos incrédulos: ¿quién cree en nuestra palabra? dice: *Quis credidi, auditui nostro?* (LIII. 1).

Todos no obedecen el Evangelio, dice S. Pablo: *Non omnes obediunt Evangelio.* (Rom. X. 16).

Tiempo vendrá, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, en que los hombres no sufran ya la sana doctrina, y cerrando el oído á la verdad, se plazcan en creer fábulas: *Erit tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt, et á veritate auditum avertent, ad fabulas autem convertentur.* (II. IV. 3-4).

Todos los siglos han tenido numerosos incrédulos, y el nuestro los tiene más que ningun otro.....

Quando venga el Hijo del hombre, dice Jesucristo, ¿pensáis que hallará fe en la tierra? *Filius hominis veniens, ¿putas, inveniet fidem in terra?* (Luc. XVIII. 8). Si viese hoy, ¡cuántos incrédulos hallaría!.....

Todos los que abandonan la ley de Dios, la religion y los Sacramentos, viven como incrédulos..... En vano dirán que creen: la fe sin las obras es cosa muerta, como dice el apóstol Santiago. (II. 26).

Hay pocas virtudes cristianas porque falta la fe. El que es incrédulo obra siempre infielmente, dice Isaías: *Qui incredulus, infideliter agit.* (XXI. 2). Así pues, muchísimos se conducen mal y viven infieles á Dios, á su ley y á su conciencia.....

El incrédulo no tiene un alma recta, dice el profeta Habacuc: *Ecce qui incredulus est, non est recta anima ejus.* (II. 4). ¡Cuántos se parecen al incrédulo en este punto!

Remedios contra la incredulidad.

1. Hemos de dirigir muchas veces á Dios aquella oracion del Rey Profeta: Iluminad, Señor, mis ojos, para que no me duerma ni caiga en la muerte, y no pueda decir mi enemigo: He prevalecido contra él: *Illumina oculos meos, ne umquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prevaleui adversus eum.* (XII. 4). Iluminad, Señor, mis tinieblas: *Illumina tenebras meas.* (I sal. XVII. 31).

2. Hemos de temer perseverar en la incredulidad. Si ois la voz del Señor, dice el Salmista, procurad no endurecer vuestros corazones: *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite endurecere corda vestra.* (XCIV. 8). Pensad en la misericordia de Dios, que os busca y atrae á pesar de vuestra incredulidad. Oíde por boca de Isaías: Todo el día he alargado los brazos á un pueblo incrédulo que anda por las tinieblas: *Expandi manus meas tota die ad populum incredulum, qui graditur in via non bona.* (LXV. 2). Y sobre todo, dice aquel gran Dios, he extendido mis manos en la cruz para abrazar al mundo entero.....

3. Hemos de huir de los incrédulos. Desechemos todo trato con aquel que no obedeció nuestra palabra, dice S. Pablo: *Quod si quis non obedit verbo nostro, ne commisceamini cum illo.* (II. Thess. III. 14).

4. Ante todo hemos de obedecer la ley natural y la voz de la conciencia; y la incredulidad desaparecerá muy pronto.....

5. Hemos de evitar el pecado, y creeremos sin trabajo.

INDIFERENCIA.

Que es un indiferente?

ENTENDEMOS por indiferentes á los que no se ocupan de religion alguna. Sean todas verdaderas ó falsas, ó una verdadera, y sea la que quiera, poco les importa; no se ocupan de tal cosa.... Si hay un Dios, si se le debe un culto, qué culto se le debe, qué hemos de creer, si existen ó no dogmas sagrados, qué hemos de practicar; y qué debe evitarse, si el alma es inmortal, si hay un juicio despues de la muerte, un cielo, un infierno, una eternidad, si el hombre tiene un fin, y qué fin es éste, son cuestiones que no les inquietan ni les ocupan absolutamente. Poco les importa que haya una revelacion, ni que Dios haya hablado y mandado ó prohibido algo.... su religion es no tener ninguna....

Todos los que descaidan las prácticas religiosas, son más ó menos indiferentes; la indiferencia es la que mantiene en ellos esta deplorable pereza espiritual.... Aunque crean, por otra parte, todo lo que la Iglesia enseña; no practicándolo, caen en la indiferencia, su fe está muerta.

Los indiferentes son aquellos seres nulos de que habla el Salmista: *Simul inutiles facti sunt.* (XIII. 3). No estudian la Sabiduría ni la ciencia de los Santos, dicen los Proverbios: *Non didici sapientiam, et non novi scientiam Sanctorum.* (XXX. 3).

Les daré leyes, dice el Señor por boca del profeta Oseas; pero no se comparán de ellas, y las mirarán como extrañas: *Scribam ei leges meas, que velut aliena computatae sunt.* (VIII. 12).

No buscan al Señor, y quieren ignorarle, dice el profeta Sofonías: *Non quaesierunt Dominum, nec investigaverunt eum.* (1. 6). Dijeron á Dios: Retírate de nosotros; no queremos conocer tus ordenes: *Dixerunt Deo: Recede á nobis; scientiam ciarum tuarum nolumus.* (Job. XXI. 14).

En el camino de esta indiferencia, que encierra un culpable desprecio, hay un abismo, dicen los Proverbios: *In itinere contemptorum vorago.* (XIII. 15).

No os engaéis en ello, dice el gran Apóstol; nadie puede burlarse de Dios. El hombre recogerá lo que sembrare: *Nolite errare: Deus non irridetur. Quae seminaverit homo, haec et metet.* (Gal. VI. 7-8).

Ceguedad y culpabilidad de los indiferentes.

Dios, dice Bossuet (*Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga*), ha hecho una obra en medio de nosotros, que, desprendido de todas las demás causas, es independiente de todo, llena todos los tiempos y lugares, y lleva por toda la faz de la tierra, con la impresion de su mano, el carácter de su autoridad: tal es Jesucristo y su Iglesia.

Puso en esta Iglesia una sola autoridad, capaz de abatir el orgullo y de levantar al humilde, y que, igualmente idónea para los sabios que para los ignorantes, imprime á unos y á otros un mismo respeto. Contra esta autoridad se rebelan los libertinos con un aire de desprecio, y los indiferentes la miran con desden. Pero ¿qué han visto estos genios extraordinarios, qué han visto más que los otros? ¿Qué grande es su ignorancia, y cuán fácil sería confundirlos, si débiles y presuntuosos no temiesen ser instruidos! Nada han visto, nada oyen, y ni siquiera les es licito establecer aquella nada á que aspiran despues de esta vida, ni pueden contar con tan miserable ventaja! No saben si hallarán á un Dios propicio ó á un Dios contrario. Si le hacen igual al vicio y á la virtud, ¿qué idolol! Y ¿de dónde han sacado que todo lo que puede pensarse de este primer sér sea indiferente, y que todas las religiones que se ven en la tierra sean igualmente buenas! Porque haya algunas falsas, ¿hemos de decir que no hay ninguna verdadera, y que no podemos ya conocer al amigo sincero por estar rodeados de engañosos? ¿De dónde han sacado que la pena y la recompensa sólo sean para los juicios humanos, y que no haya en Dios una justicia, cuyo destello es la que brilla entre nosotros? Y si existe tal justicia soberana, y por consiguiente inevitable, divina, y por consiguiente infinita, ¿quién nos dice que no obre nunca segun su naturaleza, y que una justicia infinita no se manifieste al fin con un suplicio infinito y eterno? ¿Dónde están pues los impíos y los indiferentes, y qué seguridad tienen contra la venganza eterna con que se les amenaza? ¿Irán, á falta de mejor refugio, á sumergirse en último término en la sima del ateísmo, y cifrarán su reposo en un delirio que no cabe en el espíritu? ¿Quién resolverá sus dudas? Su razon, que toman por norte, sólo les presenta conjeturas y tropiezos. Los absurdos en que caen negando y despreciando la religion, son más insostenibles que las verdades, cuya profundidad les asusta; y por no creer misterios incomprensibles, siguen uno tras otro todos los incomprensibles errores. ¿Qué es pues en último resultado, y qué significa su despreciada incredulidad, su imperdonable indiferencia, sino un error sin fin, un error criminal, una temeridad que todo lo aventura, un atardimiento voluntario, y en una palabra un orgullo tan desmedido que no puede sufrir su remedio?

¿Qué culpable ceguedad, qué irreparable desgracia pasar la vida entera en una indiferencia culpable sobre el porvenir del alma, y olvidar totalmente los deberes de hombre, de cristiano, viviendo y muriendo en esta ciega indiferencia! ¿Qué terrible será el momento de despertar en la eternidad! Levantaos, vosotros que dormís, dice el Apóstol de las Gentes, levantaos de entre los muertos; y Cristo os iluminará: *Surgite, quae dormitis, et exurge á mortuis; et illuminabit te Christus.* (Ephes. V. 14).